

LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR

30
cp



TOM KEENE

EDICIONES BISTAGNE

*La amazona
de las rocas*

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 144

BEYOND THE ROOKIES
1932

LA AMAZONA DE LAS ROCAS

Novela de acción y emoción, interpretada por
TOM KEENE, ROCHELLE HUDSON, etc.

Es una superproducción

P. D. C.

Exclusiva de

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

Postal-regalo: MELVYN DOUGLAS

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**Prohibida la
reproducción**

LA AMAZONA DE LAS ROCAS

Argumento de la película

Aquella región del Oeste llevaba algún tiempo infestada por un grupo de bandidos que se dedicaba a desvalijar las diligencias y a apoderarse del ganado. Todos aquellos hechos criminales habían quedado en la mayor impunidad, sin que, a pesar de los esfuerzos de las autoridades, se hubiese logrado descubrir a sus autores.

Black Jack llevaba algún tiempo en la comarca, dedicado, según decía, al negocio de compra y venta de caballos. Era un hombre joven, valiente, de sonrisa simpática y agradable.

Había tratado conocimiento con unos sujetos de baja estofa que un día quisieron robarle su

alazán. Consiguió detenerlos, y, sin abandonar su sonrisa, les dijo:

—Ahora mismo os voy a colgar para escarmiento de ladrones.

Le suplicaron tanto, le miraron con tanta mansedumbre, que Jack se sintió conmovido y acabó concediéndoles el perdón.

Acostumbrado al conocimiento de los hombres,



—Ahora mismo os voy a colgar...

pronto comprendió que aquellos tres individuos eran unos infelices a los que sólo el hambre había obligado a realizar algún hecho fuera de la ley. Se convenció de que nada tenían que ver con los auténticos cuatreros que infestaban la comarca y los tomó a su servicio y desde aquel

momento tuvo tres amigos leales que, arrepentidos de su anterior conducta, le juraban perseverar siempre en el camino del bien.

Cierto día mientras los cuatro hombres caminaban por las montañas, vieron a un grupo de enmascarados que estaban desvalijando una diligencia.

Jack sacó su reyólver y seguido de sus cama-



... galopó en dirección al coche asaltado.

radas galopó en dirección al coche asaltado. Los bandidos, ante la presencia de aquellos jinetes, huyeron a la desbandada, abandonando todo lo robado.

En el carro iban dos hombres y una mujer. Con frase emocionada agradecieron a Jack su

oportuna intervención. Jack se brindó a acompañarles, pero ellos agradecieron la ayuda y considerándola innecesaria la declinaron.

Entretanto los bandidos habían vuelto al pueblo. Aquella cuadrilla estaba mandado por Kirk Tracy, el capataz de Ruby Shermann, propietario de una hacienda y que quería imponer el terror en la comarca, a fin de que los restantes propietarios le vendieran sus tierras a bajo precio, y él quedara único dueño de una riqueza fabulosa. Por ello realizaba constantes asaltos y robos, manteniendo en constante tensión los nervios de los habitantes, sin otra finalidad que la expresada.

Kirk, deseoso ahora de hacer recaer sobre alguien la responsabilidad de lo ocurrido e indignado contra Jack, que había estado a punto de detenerle, esparció al llegar al pueblo la noticia de que Black Jack y sus hombres habían asaltado una diligencia.

Ruby aseguró también haberlo visto y vertió duros conceptos contra el muchacho.

Pero en el pueblo mucha gente se resistía a creer tal noticia.

—No puede ser. Jack es un hombre honrado.

—En el poco tiempo que está aquí, no tenemos queja de él, sino todo lo contrario. Siempre ha procurado ayudarnos.

—Pero ¿no os parece extraño que esté aquí? — explicó Ruby—. No os dará ninguna noticia satisfactoria de ello... ni mucho menos.. Os hablará de negocios, pero yo ya sé qué clase de negocios.

Entre los que allí estaban figuraba Frank Allen, dueño de una importante hacienda. Iba acompañado de su hija, la hermosa Betty, llamada también la amazona de las rocas, criatura intrépida, que cabalgaba a horcajadas y sin sentir nunca el cansancio.

También se encontraba allí el sheriff, quien ante las seguridades que le dieron Ruby y Kirk de que Jack era el atracador de la diligencia, dió órdenes para proceder a su detención.

—Soy el primer sorprendido... pero ya que lo decís...

—Lo he visto con mis propios ojos.

—Ahora veo que se acercan Jack y su gente.
¡Muchachos, cuidado!

Prepararon sus revólveres, amenazando a los recién venidos, pero éstos descendieron de sus cabalgaduras con una sonrisa de paz.

—¿Qué ocurre? — dijo Jack, alegramente—.
¿A qué ese recibimiento tan extraño?

—El que merecen las gentes como tú.

—Eso no es cierto. Nada tengo de que acusarme, sheriff.

—Tú fuiste el que asaltó una diligencia — gritó Kirk.

—¡Mientes, bellaco!

—Tú y tus compañeros.

—No es verdad, señor sheriff. Ni mis compañeros ni yo somos capaces de realizar un acto así. Precisamente hemos presenciado nosotros el asalto y hemos puesto en fuga a los bandidos.

—Donosa historieta!

—La única verdadera.

—Yo debo detenerles hasta que se aclare la cosa.

—No me opongo. Tengo la conciencia tranquila. Pero esos testigos son falsos y mienten vilmente.

Hablaban con tanta seguridad que Frank y su hija Betty comenzaron a dudar de la culpabilidad de aquel hombre.



—Nada tengo de que acusarme...

Los compañeros de Jack se sentían nerviosos, pues su pasado era bastante culpable, pero en cambio, Jack conservaba una serenidad cada vez mayor, y dirigiéndose a Betty le preguntó:

—¿Usted también me cree culpable, señorita?

—Yo...

Bajó los ojos, luego le miró de frente y le sonrió con una sonrisa que parecía denotar confianza en él.

—Estoy convencido de que me cree inocente... y lo soy.

Pero en aquel momento llegó la diligencia que había tenido que realizar algunas paradas y bajaron sus ocupantes.

—¡Ahora saldremos de dudas! —dijo el sheriff—. Veremos quién es el que ha mentido.

Ruby miró a su capataz y ambos hicieron una mueca de contrariedad.

Jack, en cambio, sonrió alegramente.

—Estoy seguro que esos no mentirán.

El sheriff había corrido al encuentro de los recién llegados.

—¿Han sido ustedes asaltados?

—Sí, por unos enmascarados.

—¿Unos enmascarados? Eran éstos, ¿verdad?

Y señaló a Black y a sus hombres. Pero lo mismo la muchacha que los otros viajeros protestaron con vehemencia.

—¡Qué error! ¡Todo lo contrario!

—¿Por qué?

—Porque esos cuatro hombres son los que vinieron precisamente a salvarnos y gracias a los cuales no nos robaron cuanto teníamos.

Una exclamación de asombro conmovió a todos los presentes.

—¿No se equivocan?

—Claro que no. Sentimos verdadera gratitud por nuestros salvadores y creemos que debe usted dejarles inmediatamente en libertad.

—Pero, entonces—dijo el sheriff, contemplando a Ruby y a Kirk—. ¿Cómo decían ustedes que les habían visto?

Kirk fué a hablar, pero Ruby le interrumpió:

—Sencillamente. Un error. Al verles de lejos junto a la diligencia y con los revólveres en la mano, les tomamos por los asaltantes.

—Otra vez, antes de acusar, hay que cerciorarse de que uno no se equivoca.

Y el sheriff corrió a estrechar la mano de Jack.

—Ustedes dispensen. Quedan en libertad.

—Gracias, sheriff. Yo haré todo lo posible para ayudar a usted a fin de conseguir detener a los bandidos.

—Muy agradecido.

—Tengo especial interés.

Ruby y el capataz, temerosos de ser reconocidos, se alejaron y entonces Jack se adelantó hacia Betty y la preguntó:

—Y ahora, ¿cree usted en mi inocencia?

—En absoluto.

—¡Soy feliz!

—¿Por qué?

—Porque usted es la persona que más me interesa en el mundo.

Hablabía en voz baja y miraba con airosa simpatía a aquella mujer de ojos negros y cariñosos.

Después, ella, colgándose del brazo de su padre, marchó hacia la hacienda, mientras el sheriff quedaba comentando aún con los viajeros y con Jack las incidencias del atraco.

* * *

De la hacienda de Frank Allen seguían desapareciendo caballos, lo que desesperaba profundamente a su propietario.

Su finca lindaba con la de Ruby. Este aseguraba también que era víctima de despojos parecidos, aunque en realidad era él y su capataz los que realizaban los robos a las fincas vecinas.

Un día Betty propuso a su padre contratar los servicios de Jack.

—No tenemos capataz y tú trabajas demasiado, padre. A tu edad eso ya no va bien. Creo que un hombre joven como Jack sería conveniente para la vigilancia de la finca.

—Soy de tu opinión.

Aquella tarde encontraron a Jack, a quien propusieron entrar en la hacienda.

El muchacho aceptó encantado la proposición, mirando de reojo a la linda Betty.

¡Maravillosa suerte! Porque aquel empleo le permitirá estar muy cerca de aquella mujer bonita a la que él juraba siempre defender.

—Pero impongo una condición a mis servicios.

—Por cuestión de dinero no reñiremos. El máximo.

—No me importa demasiado el dinero. Quiero decir otra cosa.

—¿El qué?

—Que es preciso que mis compañeros vengan conmigo.

Frank se rascó la cabeza. Tenía verdadera simpatía por Jack, pero los tres compinches le parecían un poco de cuidado.

—Es que...

—Es condición indispensable.

—Si son presentados por Jack, éste responde de ellos, nada debemos de temer—explicó la muchacha.

—Si no respondiera de su conducta no me atrevería a presentarles.

—Entonces, aceptado.

Y desde la mañana siguiente los cuatro hombres prestaron sus servicios en el rancho de Frank Allen.

Durante los primeros días no hubo incidentes de importancia. Pero en el rancho de Ruby les hacía poca gracia la vigilancia de aquellos cuatro sujetos, que podrían dar al traste con sus planes.

El capataz Kirk Tracy se hallaba furioso y había manifestado a Ruby su deseo de acabar con aquella gente, cuya vigilancia era continua.

—Ve con mucho cuidado y no me comprometas, Kirk.

Aquella noche se propuso Kirk robar algún ganado del rancho de Frank, a fin de que pudiera recaer la responsabilidad sobre los guardias nes.

Saltó de puntillas la verja, desató tres o cuatro caballerías y en el momento en que las empujaba hacia su rancho, salió de su escondite Whiskey Bill, uno de los amigos de Jack, y empezó a dar la voz de alarma.

Kirk lanzó un grito de furor al ver que aquel guardián le había reconocido y se dispuso a obrar con rapidez y energía.

Sacó un revólver y disparó varios tiros contra el infeliz, que cayó herido gravemente.

Las voces y disparos habían atraído a Jack y a su gente, y Kirk huyó velozmente, dejando abandonado el ganado ante el temor de no poder escapar con rapidez.

Cuando Jack y sus compañeros se acercaron al pobre Bill, vieron que éste agonizaba.

También acudieron Frank y su hija, y ante todos ellos, Jack preguntó con voz emocionada y sintiendo, él tan valiente, que las lágrimas le saltaban de los ojos, al ver a su compañero Bill, buen muchacho, debatiéndose entre las angustias de la muerte:

—Bill... dime quién disparó... Habla.

—Fué... fué...

Se ahogaba, la muerte rondaba triunfadora, impidiéndole casi el hablar.

—Por favor... confiesa. ¿Quién fué?

Con una voz muy débil, casi imperceptible, habló:

—Pues... fué... Kirk Tracy... el capataz.

—¿De veras? ¿No te equivocas?

—No... No.

—¡Pobre Bill!

El moribundo le estrechó desmayadamente la mano e instantes después daba el último suspiro.

Todos se descubrieron y Jack tendió el brazo vengador hacia el rancho vecino.

—¡No te escaparás, Kirk! ¡Por la sangre de éste, que era como mi hermano, te lo juro!

* * *

Cuando Ruby se enteró de que su capataz había matado a un hombre de la hacienda vecina, mostró gran indignación.

—¿Por qué hiciste eso? Y tiraste sin careta, para que te descubrieran. ¡Ay, si nos descubren!

—No tengo miedo. En todo caso, mi amo, nada he de decir.

—No me comprometas que te pagaré bien... Tal vez sea preferible que huyas.

—Esperaré a ver cómo se presenta la cosa. No sé si ese bellaco me reconoció.

—No debías haber disparado.

—Lo hice para salvar mi vida. El estaba armado, pero no tema, sé muy bien cómo defenderte.

Y Kirk, demostrando una gran serenidad y sin que le recordiera en lo más mínimo la conciencia por el innoble acto realizado, se dirigió hacia la taberna del lugar.

A aquella taberna llena de vaqueros se dirigió Jack con el ánimo de vengar cumplidamente la muerte de su camarada.

No escaparía aquel miserable... Sabía que pasaba las noches allí, y aunque no tenía gran confianza en hallarlo, lo intentaría, por si se había presentado.

Iba acompañado de sus otros dos camaradas que como él estaban ansiosos de castigar al asesino.

Kirk, que se hallaba bebiendo aparentemente tranquilo, tembló al ver en actitud amenazadora a Black Jack.

Este, frío, implacable, con un gesto que paralizó a todo el mundo, avanzó hacia el capataz.

—¡Tú has matado a Bill!

—¿Yo? ¿Quién es Bill?

—Demasiado lo sabes. Mi compañero del rancho. Le has dado muerte aun no hace varias horas.

—¡Falso!

—El mismo ha confesado antes de morir, y no mentía.

Pálido de ira intentó abrirse paso.

—¡Déjame salir! ¿Qué tengo yo que ver con esas historias? ¡Siempre buscas cosas raras!

—Busco la verdad y voy a matarte como un perro si no te defiendes.

—¿Quéquieres de mí?

—Saca tu pistola y vamos a desafiarnos. Debería partire de una cuchillada el corazón, pero no me gusta hacer de carníero. Prefiero que te defiendas. Toma el arma y vamos a tener un duelo a muerte.

—¡No quiero!

—¡Defiéndete!

—¡No!



Fué una pelea de fieras.

—¡Ah, perro!

Arrojóse furiosamente contra él y de un soberbio puñetazo lo lanzó a varios metros de distancia.

Entonces el capataz intentó coger un cuchillo para clavárselo a Jack, pero éste rehuyó a tiem-

po el golpe y arrojóse de nuevo contra él en implacable lucha.

Fué una pelea de fieras. Se cogían por los cabellos, rodaban por tierra, se mordían con odio feroz, procuraban herirse.

Algunos hombres del rancho de Kirk intentaron defender a éste, pero los compañeros de Jack les tuvieron a raya. Silencio todo el mundo. Aquello era cuestión de dos hombres y nadie debía meterse en ello.

Por fin Jack, más joven y fuerte que su contrario, consiguió ponerle fuera de combate, dejándole inhábil para continuar la lucha.

Llegó el sheriff, quien procedió a la detención del capataz de Ruby, llevándolo a la cárcel.

Ahora la justicia se las entendería con él; seguramente que pronto aquel hombre colgaría de un árbol.

Ruby consiguió noches después que Kirk escapase de la prisión, y dándole algún dinero, le ordenó que abandonase para siempre aquellos pueblos. Era peligrosísima su presencia allí. El

mejor día, antes si volvían a detenerlo, podía declarar la complicidad de Ruby en todos aquellos robos y era preferible tenerlo lejos.

Por su parte, Kirk tenía pocos deseos de continuar en la región, donde la persecución había de ser siempre incesante en contra suya. Y marchó hacia las montañas, pero no disfrutó demasiado de la libertad. Desorientado entre las altas cumbres se despeñó por un barranco y así acabó su miserable vida.

Entretanto, la noticia de que el capataz de Ruby había intentado robar en el rancho de Frank Allen, produjo en todas partes una malísima impresión de descrédito contra Ruby, al que algunos señalaban como complicado en los distintos robos que se habían venido efectuando.

Jack era de la misma opinión y esperaba la ocasión oportuna para hacerlo caer con las manos en la masa.

También Frank creía que Ruby era de cuidado.

—Ya lo cazaremos. No lo dude usted.

Jack se había captado la simpatía de las gentes del rancho y, de un modo especial, la de Betty.

Con esta bella muchacha paseaba en los cortos ratos de asueto y los dos iban conociendo mutuamente sus almas. Y de la simpatía se derivaba otro sentimiento: el amor, que suavemente les iba apresando hasta dejarlos por entero cautivos.

Cierta noche los hombres de Ruby, mandados por éste, se dispusieron a efectuar una nueva

“razzia” entre el ganado de Allen. Era preciso que continuasen aquellas sustracciones, hasta que Frank, cansado de las pérdidas que experimentaba, entrase en negociaciones para vender la finca, que Ruby se proponía adquirir en circunstancias favorables.

Ruby estaba aconsejado por una mujer con la que vivía y a la que hacía pasar por su esposa, tipo cruel, lleno de ambición, que no reparaba en medios para la consecución de sus fines.

Jack estaba en acecho, pues llevaba ya algún tiempo sospechando de aquella gente.

Aunque Ruby había negado siempre que su antiguo capataz Kirk obrara por cuenta suya, nada le libraba de la gravísima sospecha de que amo y criado habían ido juntos en el negocio.

Los hombres de Ruby se llevaron hacia su rancho varias cabezas de ganado, procurando el máximo silencio para que nada despertara en la hacienda, al parecer dormida.

Ruby fué el último en abandonar el campo, satisfecho del éxito que había coronado el despojo. Unas cuantas partidas como las de aquella noche provocarían la ruina. El ganado robado era llevado a las altas montañas, donde se destruía la marca de Frank, para marcarlo con otros sellos.

Pero, de pronto, y cuando Ruby con verdadero cinismo continuaba haciendo cuentas, se le presentó Jack.

Instintivamente Ruby puso mano al revólver, pero él le tranquilizó con un gesto.

—Somos más amigos de lo que parece. ¡Cállam!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me escuche unos momentos.

Ignoraban los dos que cerca de allí les estaban escuchando Frank y su hija Betty, que habiendo visto movimiento habían salido para averiguar la causa.

Jack estaba dispuesto a engañar a Ruby para cazarle en sus propias redes y le indicó:

—Sé a lo que ha venido... a robar.

—No es cierto.

—Y ha robado usted. Lo menos... lo menos se ha llevado cien cabezas de ganado.

—Le digo que no.

—Entonces, ¿a qué se debe su presencia en este campo? ¿Me cree usted tan tonto?

—Oí ruido y...

—¡Qué excusa tan grotesca! ¡Ea, descubrámonos los dos tal como somos! Hombres que no le temen a nadie y que dan el pecho. Siento admiración por usted, Ruby.

—No le comprendo.

—Quiero decir que usted es un ladrón de caballos... y que yo lo soy también.

—¿Usted?

—Ciento. Si estoy aquí de capataz es porque intento un buen golpe para llevarme de una vez todo el ganado de Frank.

—¿Es posible?

—Ya lo irá usted viendo.

Mentía Jack descaradamente, pero era preciso

demonstrar a Ruby que estaba hablando con un cuatrero a fin de inspirarle confianza.

Betty y su padre se estremecieron en su escondite. Betty, especialmente, sintió que un sollozo le ahogaba el alma.

—¡El traidor!

—¡Calla!

Vieron como Jack y Ruby, ya muy amigos, pues el último había caído en el garlito y se mostraba de acuerdo con todos los planes de Ruby, se alejaban hacia el campo vecino.

Frank levantó indignado los brazos.

—Y yo he tenido a ese hombre en casa y he creído en él!

—Yo yo—sollozó la pobre muchachita—le he dado mi corazón!

—¿Tú?

—¿Quéquieres, papá? Parecía tan bueno... y ahora...

—Vamos a despedirle inmediatamente. No quiero anidar en mi propio pecho a la víbora. Y daré parte al sheriff.

Noche cruel, realmente dolorosa. Frank se sentía exaltado, maquinando tremendas venganzas contra aquel hombre al que había dado anteriormente su confianza y que le pagaba tan mal. Betty, la pobre amazona de las rocas, lloraba por el doloroso desengaño que tan pronto amargaba su vida y le decía como ésta está llena de abrojos y como a cada momento se topa uno con la infelicidad.

Al día siguiente, Frank llamó a su presencia al capataz y le dijo:

—¿Sabe usted que anoche robaron ganado?

—Sí... Precisamente iba a decírselo. Estuve casi a punto de recuperarlo.

—Pero no le fué posible, ¿verdad?

—Desgraciadamente.

—Si no hubiese usted estado hablando con Ruby tal vez lo hubiera conseguido.

—Pero, Frank.

—¿Cree usted que no sé la conversación que tuvieron? Todo, absolutamente todo lo sé.

—Entonces...

—Es usted un traidor... que ha venido aquí a robarme mi ganado.

—Todo lo contrario...

—¿Por qué niega lo que he visto?

—Usted, señor Frank, no ha adivinado mis verdaderas intenciones. Si yo he simulado ser amigo de Ruby, es para poder cazarlo mejor y obrar con una rapidez más acertada.

—Nada de eso es cierto—contestó sulfurado—. Salga usted de mi casa y no vuelva a ella. Y voy a dar orden al sheriff para que le detenga lo mismo que a ese infame de vecino.

—Sea razonable, Frank, y piense que nunca le he traicionado.

Pero el ranchero no le quiso escuchar y Jack marchó convencido de que le creían culpable.

¡Bah! No daba demasiada importancia a ello. No pasaría mucho tiempo sin que se aclarase la verdad y todo resplandeciera de una manera digna.

Lo único que le interesaba, sin embargo, era

Betty, la mujer que adoraba, la mujer a la que él quería convencer de su inocencia.

Pero la bella amazona de las rocas se negó totalmente a escucharle y fueron inútiles los ruegos para que le dejase defenderse.

Y Jack tuvo que salir de aquella casa en compañía de sus dos amigotes, pero con la seguridad absoluta de que las cosas cambiarían y pronto luciría de nuevo el sol de la verdad y sólo los culpables merecerían la sanción.

* * *

Poco después se presentó a Ruby Shermann para pedirle le nombrase capataz de su casa y admitiese además a los dos compañeros.

Todavía Ruby sentía algún recelo contra él, sin creer realmente que se tratase de un cuatremero. Pero tantos razonamientos empleó Jack, que acabó por convencerle y le admitió en su casa.

Bien. Quedaba nombrado capataz. Y entre los dos efectuarían un verdadero plan para quitar en poco tiempo el ganado a los distintos ranchos, asaltar la diligencia y hacer triunfar por toda la comarca el reinado de un verdadero terror.

—Después nos partiremos las ganancias—dijo Jack—. Usted se quedará con todas las tierras y yo me marcharé a otro país a gastarme bonitamente mi dinero.

—¡Excelente plan!

Al tener conocimiento Franck de que Jack había aceptado el puesto de capataz de Ruby, ya no tuvo la menor duda de que se trataba de su cómplice. Habló con el sheriff, pero éste se negó a detenerles. Quería pruebas del delito; mientras no se las presentasen se abstendría de encarcelar a un propietario tan importante como Ruby y a un hombre de las condiciones de Jack.

Alguna que otra vez Jack había procurado ver a Betty, pero ella le huía constantemente, ofendida por lo que consideraba la más negra traición.

Para cierta noche Ruby y Jack convinieron en efectuar una razzia completa en el ganado de Frank Allen.

Pero Elena, la mujer que vivía con Ruby, era muy celosa y siempre había sentido cierto misterioso temor ante aquel muchacho cuya conducta le parecía poco limpia.

Y aquella tarde, en ocasión en que el joven se hallaba fuera, entró ella en su cuarto y comenzó a registrarle su equipaje.

Pronto dió con papeles comprometedores, con papeles que indicaban que su instinto femenil no se había equivocado esta vez. Encontró documentos que demostraban que Jack era un agente del gobierno central, enviado para descubrir de

una vez a los autores de los robos, causa de la intranquilidad pública.

Asustada, se apresuró a comunicarlo a Ruby, quien al principio no podía creer en aquella noticia.

—No es cierto.

—Lee la documentación.

—¡Ira de Dios! ¡El miserable! ¡Un agente del gobierno! ¡Ah, pues esta vez no se mofa de mí! ¡Por éstas que me las pagas!

—¡Mátale como a un perro! —rugió la miserable mujer.

No tardó Jack en presentarse, bien ignorante de que se hubiese descubierto su artimaña.

—Preparados para esta noche?

—Sí.

Ruby hizo un gesto y varios de sus hombres cayeron sobre Jack y sus compañeros, apresándoles.

—¿Eh? ¿A qué viene eso? ¿Te has vuelto loco, Ruby?

—Lo estuve hasta ahora al creer en ti, pero esto ya se ha acabado, señor agente del gobierno.

—No comprendo.

—Tengo en mi poder tu documentación, de modo que es inútil que niegues. ¡Traidor! Mañana he de costigáros a ti y a tus camaradas. Los tres colgaréis de un árbol. No escaparéis. Esta vez esto se terminará para siempre.

Los encerraron en un calabozo, pero Jack, usando de su extraordinaria agilidad, consiguió escapar, partiendo a campo traviesa.

Poco después se presentó, valiente y decidido, ante Frank y Betty.

—¿Usted aquí? ¿A qué viene?—le dijo el propietario.

—A decirle la verdad, a que me oiga. Soy un agente del gobierno.

—Miente descaradamente.

Betty le escuchaba emocionada, con lágrimas en los ojos.

—Le repito que soy un agente del gobierno central.

—¿Dónde está la documentación que prueba sus palabras?

—Me la han robado. La tiene Ruby, pero...

—¿Ve como todo lo que dice es falso?

—Le aseguro...

—No quiero oírle más. Le voy a llevar al juez del distrito para que él sepa lo que tiene que hacer con usted.

Sacó su revólver, pero Jack, a quien convenía enormemente permanecer en libertad, consiguió escapar por una ventana, no sin antes envolver a la dulce Betty en una caricia de verdadero amor.

* * *

Jack, con extraordinaria audacia, se acercó aquella noche al pabellón donde estaban detenidos sus compañeros y procedió a libertarlos. Y los tres permanecieron toda la noche en acecho, pues estaban convencidos de que Ruby era capaz de llevar a efecto su asalto a todo el ganado de Frank.

Y sus suposiciones no anduvieron desencaminadas, pues los hombres de Ruby, cerca ya de la madrugada entraron sigilosamente en los campos de Frank.

La vigilancia de Jack dió sus frutos, pues revólver en mano apareció ante los cuatreros y procedió a su detención.

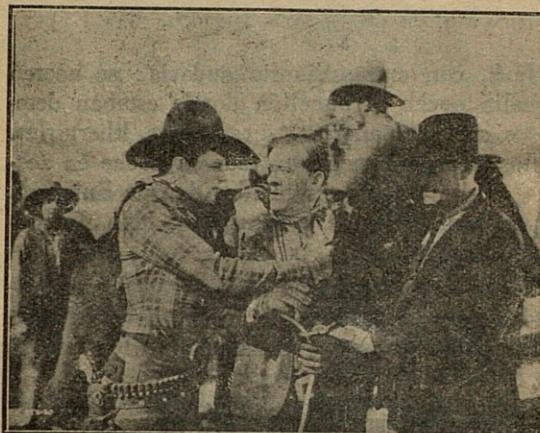
Frank y su hija habían salido ante el movimiento que notaron en su finca y vieron con profunda satisfacción como Jack encañonaba a los salteadores.

Pero de un habilísimo salto, Ruby, viéndose perdido y comprendiendo que su situación era ya dificilísima, pues se acababa de descubrir que era él el jefe de la banda que robaba y des-

valijaba las fincas, saltó sobre un caballo y consiguió escapar en dirección a la frontera.

No duró mucho su propósito de libertad. Jack montó sobre otro caballo y avanzó en su persecución logrando cazarle a lazo al cabo de poco tiempo y derribarle de su montura.

—Esta vez no se me escapas, ladrón. Y ahora me vas a confesar la verdad.



—Y ahora me vas a confesar la verdad.

—Soy un ladrón, pero tú eres mi cómplice —rugió, viendo acercarse al sheriff, a Frank, Betty y los vaqueros.

—Bien sabes que no. Descubriste demasiado pronto quién era yo realmente. Dame los documentos.

—No los tengo.

—Voy a registrarte.

Procedió a registrarle y le encontró la cartera con toda la documentación que acreditaba al joven Jack como delegado especial del gobierno.

—Esta vez no tienes por dónde escaparte. Ya nadie podrá negar que eres un cuatrero y que tú eres el jefe de la banda.

Hizo Ruby un gesto de cansancio y se resignó melancólicamente a pagar las consecuencias de su culpa.

Jack avanzó hacia Frank y Betty.

—¿Y ahora tienen ustedes confianza en mí?

—Perdóname usted. Fuí un estúpido al no querer oírle desde un principio—le dijo el propietario.

—No pude detener antes a Ruby porque deseaba cazarle infraganti. Pero hoy ya ha terminado mi misión. Y sólo deseo que usted, Betty, me perdone también.

La amazona de las rocas le miró sonriente y le tendió gentilmente la mano.

—Usted sí que debe perdonarme por haber dudado de su honradez, de su generosa conducta.

—No hablemos del ayer, querida. ¿Seremos ahora amigos?

—Sí, Jack.

Y en las miradas de los dos hubo una mutua promesa.

Y pasado algún tiempo, renacida la paz, Jack se casó con Betty y se quedó en el rancho que había adquirido una extraordinaria importancia. Y sus dos compañeros fueron sus más fieles ayudantes. Y nada turbó en lo sucesivo la tranquilidad de la vida montaraz.

F I N

Acaban de reaparecer

EL BESO

Creación de GRETA GARBO

— y —

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Conchita Montenegro, José Crespo

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaba de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

La deliciosa producción

Teresita

por la pareja ideal Janet Gaynor
y Charles Farrell

Esta semana:

La película de las estrellas

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en

GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones. Precio el de costumbre: 1 peseta

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**RECUERDE ESTOS
TÍTULOS Y PÍDALOS :**

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 30 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

8d

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
